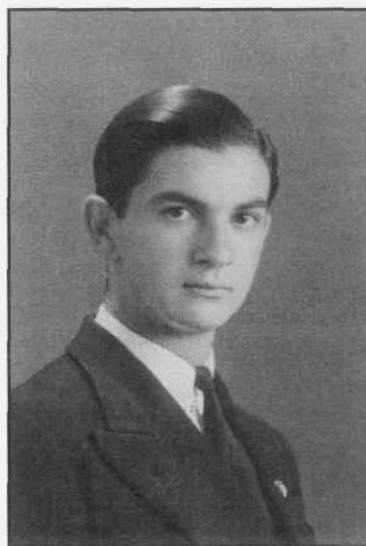


## GUSTAVO Y LA UTOPIÍA

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Para Gustavo Vargas Martínez, *in memoriam*

**Te** despedimos este cuatro de marzo, año 2006. Ahí estabas, bien trajeado, con tus condecoraciones en el pecho, rodeado de amigos, familiares, alumnos, compañeros. Gustavo Vargas Martínez. Orgullosamente colombiano, latinoamericano. En tu rostro ensimismado se expresaban tus proyectos y tus sueños, que ya no podrías ver realizados. Otros deberíamos tratar de concretarlos. Eso, lo comentamos muchas veces, es la utopía. El sueño que todo ser humano debe perseguir para darle un sentido a su existencia. El mejor ejemplo nos lo dio Simón Bolívar, incansable soñador e infatigable luchador, personaje que te cautivó desde que abriste los ojos por primera vez en Bucaramanga, en 1934. América Latina liberada, unida e integrada en una sola patria. Octubre de 1999. ¿Te acuerdas cuando nos recibió Edmundo Aray en el aeropuerto de Mérida, la de los Andes venezolanos, y nos llevó a su casa? Era un domingo en la mañana, si mal no recuerdo. Nos quedamos mudos al ver la colección de Bolívars —pinturas, dibujos, estampas, esculturas, muñequitos...— que el escritor y cineasta venezolano tenía desplegada por todos los rincones, y que nos mostró complacido. Incluso, nos enseñó el material que preparaba para filmar un cortometraje que llevaría por título: *Bolívar, ese soy yo*. Alirio Liscano pasó después por nosotros para llevarnos a la librería del centro en donde debíamos presentar *Archipiélago* y su propuesta de integración cultural de Nuestra América. Ahí hablaste una vez más de la utopía bolivariana, haciendo gala de tus conocimientos sobre el tema (por supuesto, hablamos también de Martí, ese otro soñador y luchador infatigable por las mejores causas de la patria grande). No hacía mucho, por cierto, que habías escrito el prólogo del libro de Alirio: *Simón Bolívar en tres perfiles*, que publicó cuando todavía estaba en México como agregado cultural de su Embajada. Este viaje se lo debimos a Domingo Miliani, que nos había invitado como presidente del CELARG a celebrar una reunión de trabajo de *Archipiélago* en Caracas, a la que asistieron también Ligia Bolaños, de Costa Rica, y José Ignacio Jiménez, de Puerto Rico. Queríamos avanzar en la concreción de la utopía y promovíamos para ello el proyecto de “Las Casas de Nuestra América”, que hacía apenas unos meses habíamos presentado Pipo Dicenta y yo en la reunión de Ministros de Cultura de Iberoamérica realizada en La



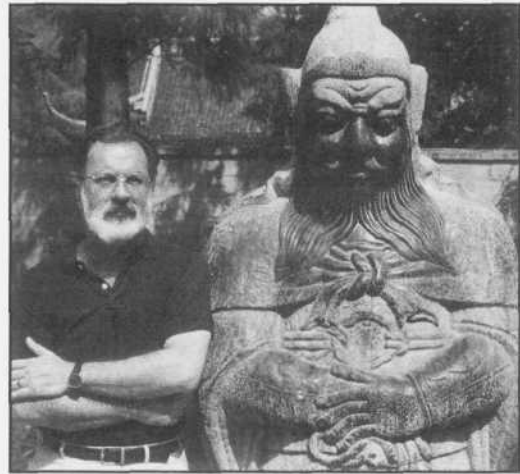
Gustavo, bachiller

Habana. Venezolanos de ese calibre nos fuimos encontrando a lo largo del camino, como Lino Martínez, con quien desarrollamos una fraterna amistad en sus cuatro años de Embajador de Venezuela en México. Fue con su apoyo y con el de Estela Morales, la directora del CCyDEL, que pudimos organizar a fines de 2003 las Primeras Jornadas Bolivarianas por la Unidad de Nuestra América, experiencia memorable en la que tu participación tuvo gran significado, y no sólo por haber prestado tu apreciadísimo busto de Bolívar, el de Tennerani, para presidirlas, sino por haber entablado un enriquecedor diálogo sobre la figura y el pensamiento del Libertador con Samuel Moncada, otro gran estudioso del prócer, que llegó de Caracas como invitado para participar en el evento. Las ponencias de ambos quedarían publicadas un año después en el número 45 de *Archipiélago*, edición que dedicamos a Venezuela. Lino te apoyó también, cuando su gestión ya terminaba, coeditando con el CCyDEL tu libro *Presencia de Bolívar en la cultura mexicana*, que presentamos el 25 de febrero pasado en la Feria del Libro de Minería, mientras tú estabas internado en Médica Sur luchando con esa implacable neumonía y él postrado en su cama en Caracas, recuperándose de una embolia. Sobre Bolívar publicaste también: *Bolívar y Marx: otro debate sobre la ideología del Libertador*, Editorial Domés, México, 1983; *Reflexiones sobre el sueño bolivariano de la Patria Grande*, Editorial Domés, México, 1985; *Bolívar y el poder. Orígenes de la revolución en las Repúblicas entecas de América*, CCyDEL-UNAM, México, 1991; y *Simón Bolívar: Semblanza y Documentos*, FCE, México, 1998. Estos conocimientos tuyos sobre El Libertador hicieron que tu

amigo Gabriel García Márquez te consultara a lo largo de la escritura de su libro *El general en su laberinto*, en cuyas *Gratitudes* reconoce: “El historiador colombiano Gustavo Vargas, profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, se mantuvo al alcance de mi teléfono para aclararme dudas mayores y menores, sobre todo las que tenían que ver con las ideas políticas de la época.” Otro amigo muy querido, el filósofo argentino-mexicano Horacio Cerutti Guldberg, compañero en las barricadas académicas latinoamericanistas de la UNAM, hace también mención de ello en las siguientes líneas, que te escribió póstumamente: “Querido Gustavo: Ya no tuve ocasión de platicar contigo como hubiera querido. Siempre supimos de la entrañable amistad que nos unía. Pero, quiero insistir en algo que no es común en el ámbito académico. Manifestarte la gran admiración que siempre tuve por tu erudición sabia y comprometida. Me hiciste, como a infinidad de colegas y estudiantes, valorar mucho más, si se puede decirlo, la figura, la acción y la tarea pendiente de Simón Bolívar. Lo pusiste a nuestro alcance y nos hiciste ver que debíamos formar parte protagónica de su magna utopía. Y, como si eso fuera poco, nos enseñaste mucho más: que saberes sofisticados requieren ser recuperados para construir el mundo que nos merecemos. Puedes estar tranquilo, colombiano de nuestra América, cumpliste con creces y nos has dejado un gran desafío a cuya altura esperamos estar. Y tú con nosotros siempre, con tu recuerdo fecundo.” El 20 de marzo pasado, Luz María Martínez Montiel, la gran estudiosa de los temas afroamericanos, me mandaba este lacónico mensaje desde Cuernavaca: “Voy regresando de París y Cuba. Me acabo de enterar de la partida de nuestro amigo Gustavo Vargas. Mi tristeza es inmensa. ¿Lo viste últimamente? ¿Haremos algo en su memoria?” Para el buen entendedor, pocas palabras. Haremos algo Luzma, no te quepa duda. Lo principal: seguir su ejemplo. Y no olvidar nunca esa rutilante isla de nuestro *Archipiélago*, anclada firmemente en el mar de la utopía. Aquí una breve semblanza suya: Nació en Bucaramanga, Colombia, en 1934, y murió en la ciudad de México en 2006. Licenciado, Maestro y Doctor en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Premio Simón Bolívar, Caracas, 1983; Premio Edmundo O’Gorman, México, 1996. Condecorado con la Orden al Mérito en grado de Comendador por la Presidencia de la República de Colombia, Bogotá, 1994. Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Geografía de la República Argentina; y de número de la Academia de Historia de Santander (Colombia) y de la Sociedad Mexicana de Geografía e Historia. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores de México. Director fundador de la revista *Amerística. Ciencia del Nuevo Mundo* y cofundador de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*. Residió en China en los años sesenta, colaborando en el Instituto de Idiomas de Beijing y en la Comuna Popular Puente de Marco Polo. Desde fines de esa década residió permanentemente en México, en donde fue profesor de la Escuela Nacional de



Gustavo y el Emperador Zhu'Di, 1967



Gustavo y el Emperador Zhu'Di, 1997

Antropología e Historia y de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de cuyo Colegio de Estudios Latinoamericanos fue coordinador. Estudioso de la historia, de la geografía y de la cartografía, dedicó su mayor esfuerzo a dos temas principales: el de China y su relación con América; y el de Simón Bolívar. Sobre estos temas publicó varios libros e innumerables artículos en revistas especializadas de México y el extranjero y presentó más de cien ponencias en congresos científicos internacionales en Asia, Europa y América Latina. Sus libros sobre China, son: *Fusang. Chinos en América antes de Colón*, Editorial Trillas, México, 1991; *Atlas para la historia del descubrimiento de América*, Editorial Trillas, México, 1992; *Atlas Antiguo de América, siglos XV y XVI*, Editorial Trillas, México, 1995; *América en un mapa de 1489*, con prólogo de Germán Arciniegas, Ediciones Taller Abierto, México, 1996; y *Juncos chinos en la cola del dragón*, El Caimán Alado, México, 2004. Quedan para nuestra memoria sus colaboraciones en *Archipiélago*, desde la del número cero, que tituló *Colón en Asia*, hasta la del número 50, titulada *El secreto de los hermanos Colón*, sin olvidar aquella del número 44: *1421: El año en que los chinos descubrieron América*, que fue de antología. Gustavo: descansa en paz, que aquí estamos. ■

Ciudad de México, abril de 2006.

# LA CARTA DE UN INMIGRANTE

Mi estimado Carlos Véjar: Si me recuerdas, soy amigo de Germán de la Vega, quien te explicará más detalladamente la petición de publicar lo siguiente en la prestigiada revista *Archipiélago*, que tienes a bien dirigir con brillantez, entusiasmo y solidaridad con el pueblo latinoamericano. Es una carta que recibí de mi hijo Daniel, quien es un inmigrante mexicano, empleado y estudiante en la ciudad de Chicago, Illinois, EUA. Como verás, en ella se expresa bien la voz de quienes han dicho ¡Ya basta! en la propia guarida de la rapaz águila norteamericana. Se pueden apreciar en esas líneas los problemas por los que están atravesando nuestros hijos y hermanos que tienen que emigrar de aquí, debido a la pésima política económica y social del gobierno de nuestro país. Como decimos los mexicanos: "para muestra basta un botón".

Agradezco de antemano tu solidaridad y atención a mi ruego encarecido, pidiéndote además publicar, si no todo el documento, aunque fuera algunas frases y párrafos de dicha carta. También, si así lo consideras, te pido omitir o cambiar nuestros nombres para evitar alguna posible represalia en contra de mi hijo...

DP.

**E**l día de hoy, en la mañana, me desplomé en el piso del restaurante donde trabajo debido a un mareo provocado por 48 horas previas de fiebre y la latente presión psicológica de la corporativa del negocio. Durante mis cinco años de laborar en la industria restaurantera, nunca antes había experimentado semejante sensación de humillación. En medio del comedor principal, tras haberle tomado la orden a una de las arrogantes gringas dueñas del establecimiento (que además, por voz de otros colegas de trabajo sé que nunca deja propina a sus propios empleados), yo intentaba enviar su orden con apenas unas horas de conocimiento del sistema operativo del ordenador. La otra socia mayoritaria del lugar se encontraba detrás tirando frases hacia mí como: "*fuck dude, you didn't tell them what the daily specials are*".

Nunca he tenido problema alguno por trabajar bajo presión; sin embargo, como todo ser humano, por más presión psicológica que se ejerza sobre él, si éste no sabe lo que está haciendo por falta de conocimiento, no completará tarea alguna. En consecuencia, sólo me llené de frustración, ansiedad y pánico.

Entiendo que el establecimiento únicamente cuenta con un par de años de estar en funcionamiento. Yo, a una semana de haber iniciado mis labores en el lugar, debo decir que casi no había recibido entrenamiento formal sobre los procedimientos del restaurante. Durante mis años de trabajo en esa industria, he sido capacitado en varias ocasiones y de hecho me ha tocado capacitar al personal nuevo en otros restaurantes. Al mismo tiempo de ser empleado prácticamente de tiempo completo durante los pasados seis años, me las he arreglado para cursar mis estudios de nivel superior, que me permitirán obtener mi título en Relaciones Internacionales. Además, siempre he sido empleado ejemplar. De hecho, en mi trabajo nuevo, la noche previa atendí mis primeras tres mesas durante el turno vespertino y la tarjeta de comentarios voluntarios de mi primera mesa remarcaba la comida y mi servicio como excelentes; esto, como mencioné antes, a pesar de haber trabajado con fiebre.

No está por demás mencionar que esa misma noche, al final de mi jornada laboral, y dado que no cuento con ningún tipo de prestación médica (cosa contraria a las mismas leyes estadounidenses, ya que tengo carta de residente), le comenté al gerente de turno que me sentía débil y le pedí que me diera la mañana siguiente libre para reponerme, y así estar listo para la jornada doble que me esperaba el jueves. Él me dijo que únicamente tenía dos meseros para el horario de la mañana siguiente y yo era uno de ellos; por lo tanto, no me podía dar el día a menos que yo consiguiera un reemplazo. Traté de comunicarme con uno de los empleados para pedirle que me cubriera la jornada laboral del día siguiente, pero no logré contactarle y, siendo la única persona con la que había platicado abiertamente y por lo tanto, la única con la cual me sentía con suficiente confianza para pedírselo, me vi forzado a trabajar el día de hoy.

La constante explotación y desigualdad para con los trabajadores inmigrantes ocurre no sólo en este establecimiento. En cada uno de los trabajos que he tenido me encuentro con abuso de autoridad, sobrecarga de trabajo y humillación. Los trabajadores de este tipo de negocios, latinoamericanos en su gran mayoría, recibimos a cambio de ello sueldos miserables, falta de seguro médico y aparte de nuestra familia, que es tan valiosa para nosotros. Aprovecho ahora que, con la mega marcha de protesta llevada a cabo el 10 de marzo pasado en esta ciudad, los conflictos de los inmigrantes se han puesto de "moda", para aclarar que esto no es algo nuevo. Las diferencias ideológicas y de identidad cultural han existido y seguirán existiendo hasta que nosotros los afectados digamos ¡YA BASTA! Esto no es un sueño americano, es una pesadilla hecha realidad

DPA. Estudiante, empleado, inmigrante...